

FERNANDO CASTILLO VELASCO

EL GRITO DE UN PADRE

La apelación a los chilenos de Fernando Castillo Velasco ha conmovido profundamente. Un significativo grupo de profesionales y dirigentes de las más diversas organizaciones han adherido ya a ese llamamiento, al grito de un hombre al borde de la muerte que pide el derecho a una muerte humana, con sus hijos al lado.

La lucha por realizar este deseo es la lucha contra el exilio injusto y esto com-

promete a todos los chilenos. Cada organización de masas debe asumir su cuota de solidaridad y responsabilidad en esta tarea noble de socorrer a un hombre que demanda sus derechos.

La apelación de Castillo Velasco crea un escenario de unidad que puede ser un importante factor para poner fin a la violación de los derechos fundamentales y sobre todo para poner fin al exilio.

Apelo a los chilenos

Fernando Castillo Velasco

El Gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro a una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, los siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir, sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que, por razones de extrema incomprensión, no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que con su solidaridad puedan influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo pues a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquistando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado en la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas con audacia, alegría y decisión.

Sobre todo apelo a los pobladores de la Villa La Reina con quienes trabajé codo a codo, amasando el barro que habría

de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de estudiantes que tuvieron confianza en mí para unirme Rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi Universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas y que con su voluntad, conocimiento e inteligencia organizaron la universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma dig-

na las ciencias y las artes al interior de ella

Apelo a los profesores y estudiantes del antiguo "DUOC", que germinó y desarrolló sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la Patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de Partido con quienes comparto ideales importantes, aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de la Vivienda, con los cuales levantamos la energía de los más pobres, a través del plan de ahorro popular.

Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben qué mis responsabilidades de Rector las asumí con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Esos principios sirvieron en ese tiempo para que la Universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado.

DECLARACION PUBLICA DE LA COMISION POLITICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE

Numerosos organismos y militantes del Partido, como también amigos y aliados, nos han hecho presente su preocupación y extrañeza por las declaraciones de la compañera María Maluenda en las últimas semanas y, en especial, por su participación en el foro promovido por el Movimiento por Elecciones Libres, que se constituyó, como bien es conocido, con un carácter excluyente tanto político como socialmente.

La Dirección del Partido consideró esta situación cuidadosamente, teniendo presente la destacada trayectoria de la compañera María Maluenda, su dilatado aporte a las luchas del Partido y, también, los dolorosos golpes que la han conmovido como madre y esposa, golpes al Partido que, por cierto, la afectan a ella especialmente.

Hemos llegado a la conclusión que tenemos el deber de expresar públicamente que se trata de opiniones personales. Las opiniones del Partido han sido ex-

puestas en nuestras "Propuestas para una salida Política".

En nuestro Partido se puede tener opiniones personales diferentes de las de la Dirección y que se pueden y deben expresarse en su seno. Nuestros principios nos obligan a desarrollar nuestra actividad política pública con los criterios que resuelve el colectivo partidario.

Sobre los temas en que la compañera María Maluenda ha expuesto públicamente sus criterios personales, se ha conversado y se seguirá conversando con ella con el afán de superar sus dudas y en la esperanza de que se integre plenamente a la disciplina partidaria y al trabajo por la aplicación de la línea del Partido como lo ha hecho durante toda su vida.

COMISION POLITICA
PARTIDO COMUNISTA DE CHILE

Santiago, 7 de mayo de 1987

Apelo a los chilenos

FERNANDO CASTILLO VELASCO

El gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, los siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que, por razones de extrema incompreensión, no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que, con su solidaridad, puedan influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo, pues, a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquis-

tando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado a la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas de audacia, alegría y decisión.

Sobre todo, apelo a los pobladores de la Villa La Reina con quienes trabajé codo a codo, amasando el barro que habría de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de estudiantes que tuvieron confianza en mí, para ungirme rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi Universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas y que, con su voluntad, conocimiento e inteligencia, organizaron la universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma digna las ciencias y las artes, al interior de ellas.

Apelo a los profesores y estudiantes del Instituto Duoc, que germinó y desarrolló

sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de partido con quienes comparto ideales importantes, aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de la Vivienda, con los cuales levantáramos las energías de los más pobres, a través del plan de ahorro popular.

Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben que mis responsabilidades de rector las asumió con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Estos principios sirvieron en ese tiempo para que la Universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo, en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener a mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado.

Apelo a los chilenos

El gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro a una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir, sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que, por razones de extrema incomprensión, no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que con su solidaridad pueden influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo, pues, a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquistando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado en la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas con audacia, alegría y decisión.

Sobre todo apelo a los pobladores de la Villa La Reina, con quienes trabajé codo a codo, amasando el barro que habría de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de estudiantes que tuvieron confianza en mí, para ungirme rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas y que con su voluntad, conocimiento e inteligencia, organizaron la Universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma digna las ciencias y las artes, al interior de ella.

Apelo a los profesores y estudiantes del antiguo Duoc, que germinó y desarrolló sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de partido con quienes comparto ideales importantes, aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de Vivienda, con los cuales levantamos las energías de los más pobres, a través del Plan de Ahorro Popular.

Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben que mis responsabilidades de rector las asumí con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Esos principios sirvieron en ese tiempo para que la universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo, en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado.

Fernando Castillo Velasco

Fernando Castillo Velasco fue el creador y primer alcalde de nuestra Comuna de La Reina, a la cual ha dedicado y dedica lo mejor de sí mismo.

Respondemos a su Convocatoria reuniéndonos en un Acto Litúrgico Solidario, el próximo Domingo 31 de Mayo, a las 12.00 horas, en la Parroquia San Juan Bautista de la Villa La Reina (final calle Andacollo, esquina Mamiña).

Vecinos de La Reina

que rodea a estas personas, muchas veces la gente los sigue aislando, los continúa condenando y les cierra los caminos, y los medios policiales hacen otro tanto, sólo por el hecho de aparecer en sus archivos, aunque no se haya delinquido nuevamente. **Alejandro Gallegos M.** Antofagasta.

Apelo a los chilenos

Señor Director:

Me dirijo a Ud. profundamente conmovida ante el angustioso llamado que hiciera don Fernando Castillo Velasco el lunes 18 en **La Epoca**, y ante el cual no puedo permanecer impasible, sino que siento el deber, en mi calidad de cristiana, madre y chilena, de unirme a su clamor.

Llamo al corazón y la conciencia de las autoridades competentes para permitir el reencuentro de don Fernando con sus hijos Cristián y Carmen, en estos duros momentos que como familia les toca vivir y, por ende, el retorno de todos los chilenos que aún sufren la pena del exilio y que viven o han vivido situaciones similares.

No podemos hablar de reconciliación existiendo todavía en nuestro Chile dramas que han ca-

lado tan profundamente nuestro ser como es el exilio, el hambre que sufre una parte muy importante de nuestro pueblo, y tantos otros de todos conocidos.

Hagamos un esfuerzo por hacer vida en nosotros las palabras de Nuestro Señor: "Que se amen los unos a los otros como Yo les he amado" y el mensaje de reconciliación que nos dejó a los chilenos el Vicario de Cristo, S.S. Juan Pablo II: "El amor es más fuerte", "... construir perpetuamente la paz, basada en la justicia, en el amor y en la libertad". **Sybil Rogers Casanueva.** Santiago.

N. de la R.. Por lo menos, ya fue autorizado el ingreso temporal de Cristián; ahora hay que esperar que pase lo mismo con Carmen.

Los textos destinados a esta sección no deben exceder las 30 líneas. Es imprescindible que estén firmados y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de cédula de identidad del autor. **La Epoca** se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando se considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

La Epoca -

31-V-87

Apelo a los chilenos

Fernando Castillo Velasco

El gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro a una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, los siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que, por razones de extrema incompreensión, no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que con su solidaridad puedan influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo, pues, a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquistando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado en la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas con audacia, alegría y decisión.

Sobre todo apelo a los pobladores de la Villa La Reina, con quienes trabajé codo a codo, ama-

sando el barro que habría de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de estudiantes que tuvieron confianza en mí para unirme rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas, y que con su voluntad, conocimiento e inteligencia organizaron la universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma digna las ciencias y las artes al interior de ella.

Apelo a los profesores y estudiantes del antiguo DUOC, que germinó y desarrolló sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de partido, con quienes comparto ideales importantes aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de la Vivienda, con los cuales levantamos las energías de los más pobres, a través del plan de ahorro popular.

Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben que mis responsabilidades de rector las asumí con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre me fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Esos principios sirvieron en ese tiempo para que la universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado. •

EL LECTOR TIENE LA ULTIMA PALABRA

Apelo a los chilenos

FERNANDO CASTILLO VELASCO

El gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro a una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, los siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que por razones de extrema incompreensión no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que con su solidaridad puedan influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo pues a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquistando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado en la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas con audacia, alegría y decisión.

Sobre todo apelo a los pobladores de la Villa La Reina, con quienes trabajé codo a codo, amasando el barro que habría de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de estudiantes que tuvieron confianza en mí, para ungirme rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi Universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas y que con su voluntad, conocimiento e inteligencia, organizaron la universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma digna las ciencias y las artes, al interior de ella.

Apelo a los profesores y estudiantes del antiguo DUOC, que germinó y desarrolló sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la Patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de Partido con quienes comparto ideales importantes, aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de la Vivienda, con los cuales levantamos las energías de los más pobres, a través del plan de ahorro popular.

Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben que mis responsabilidades de rector las asumí con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Esos principios sirvieron en ese tiempo para que la Universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo, en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado.

Apelo a los chilenos

Fernando Castillo Velasco

El gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro a una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, los siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que, por razones de extrema incomprensión, no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que con su solidaridad puedan influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo, pues, a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquistando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado en la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas con audacia, alegría y decisión.

Sobre todo apelo a los pobladores de la Villa La Reina, con quienes trabajé codo a codo, ama-

sando el barro que habría de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de estudiantes que tuvieron confianza en mí para ungirme rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas, y que con su voluntad, conocimiento e inteligencia organizaron la universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma digna las ciencias y las artes al interior de ella.

Apelo a los profesores y estudiantes del antiguo DUOC, que germinó y desarrolló sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de partido, con quienes comparto ideales importantes aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de la Vivienda, con los cuales levantamos las energías de los más pobres, a través del plan de ahorro popular.

Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben que mis responsabilidades de rector las asumí con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre me fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Esos principios sirvieron en ese tiempo para que la universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado. •

Apelo a los chilenos

Fernando Castillo Velasco

El Gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro a una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, los siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir, sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que, por razones de extrema incompreensión, no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que con su solidaridad puedan influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo pues a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquistando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado en la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas con audacia, alegría y decisión.

Sobre todo apelo a los pobladores de la Villa La Reina con quienes trabajé codo a codo, amasando el barro que habría de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de estudiantes que

tuvieron confianza en mí para ungirme Rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi Universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas y que con su voluntad, conocimiento e inteligencia organizaron la universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma digna las ciencias y las artes al interior de ella.

Apelo a los profesores y estudiantes del antiguo "Duoc", que germinó y desarrolló sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la Patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de Partido con quienes comparto ideales importantes, aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de La Vivienda, con los cuales levantamos las energías de los más pobres, a través del plan de ahorro popular.

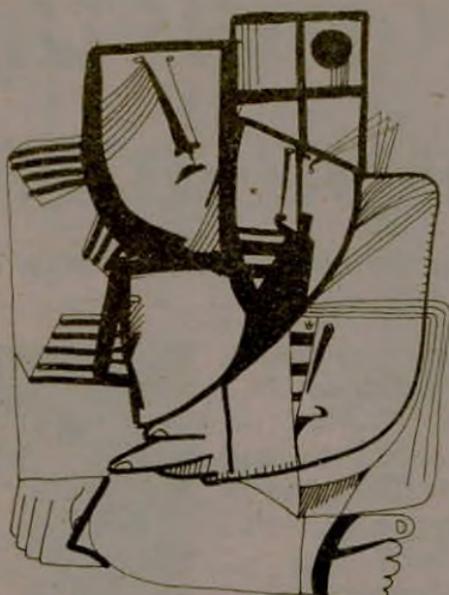
Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben que mis responsabilidades de Rector las asumí con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Esos principios sirvieron en ese tiempo para que la Universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado.

Apelo a los chilenos

Fernando Castillo Velasco



El gobierno, movido por una inexplicable odiosidad, ha separado cruelmente nuestra familia, manteniendo en el destierro a una parte de ella, provocando así sobresaltos, penas e incertidumbres. Pese a todo, no hemos sido destruidos en nuestros anhelos y esperanzas comunes. Hemos puesto más amor y nostalgia para mantener nuestra unidad familiar.

Tengo nietos que apenas conozco y a los que, sin embargo, siento que forman parte de la misma sangre y la misma tierra.

Ocurre ahora que mi larga enfermedad acelera su proceso y con ello se acorta el tiempo de la necesaria convivencia familiar. Es por eso que no se hace aceptable morir, sin tener a mi lado a los seres que me son queridos y que, por razones de extrema incomprensión, no me pueden acompañar en esta etapa importante de la vida.

Al sentirme tan indefenso y desamparado en mi propia capacidad para corregir la injusticia, me queda sólo clamar al conjunto de chilenos que con su solidaridad pueden influir para enmendar el error de que soy víctima.

Apelo, pues, a los que fueron mis compañeros de colegio, junto a quienes viví los años del ensueño y la alegría.

Apelo a mis compañeros de universidad, quienes me ayudaron para acrecentar mi vocación y desarrollar mis justas ambiciones.

Apelo a los amigos que he ido conquistando en el tiempo largo y hermoso que me ha tocado vivir.

Apelo a mis colegas arquitectos, a quienes me siento ligado en la hermosa tarea de construir y hacer arquitectura.

Apelo a los vecinos de La Reina, porque aprendimos a ser solidarios y a realizar tareas con audacia, alegría y decisión.

Sobre todo apelo a los pobladores de la Villa La Reina, con quienes trabajé codo a codo, amasando el barro que habría de servir para levantar sus casas.

Apelo a mis discípulos de la Facultad de Arquitectura, con los cuales conviví intensamente, aprendiendo tanto de su imaginación y afanes creadores.

Apelo a los miles y miles de

estudiantes que tuvieron confianza en mí, para ungirme rector de la Universidad Católica.

Apelo a los empleados administrativos de mi universidad, que conquistaron entonces un mundo de participación y de esperanza.

Apelo a los profesores universitarios, que convivieron conmigo el pluralismo y el respeto a las ideas y que con su voluntad, conocimiento e inteligencia, organizaron la Universidad donde se implantaron los valores de la democracia y se crearon los institutos que asentaron en forma digna las ciencias y las artes, al interior de ella.

Apelo a los profesores y estudiantes del antiguo Duoc, que germinó y desarrolló sus actividades a lo largo de todo el territorio, capacitando a miles de chilenos para ser más útiles a la patria y más humanos y fraternos en sus propias relaciones.

Apelo a mis camaradas de partido con quienes comparto ideales importantes, aunque haya discrepancias.

Apelo a mis viejos compañeros de trabajo en el Ministerio de Vivienda, con los cuales levantamos las energías de los más pobres, a través del Plan de Ahorro Popular.

Apelo, por último, a la legión de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra Iglesia Católica, sobre todo a la Santa Sede y a mis pastores chilenos. Ellos saben que mis responsabilidades de rector las asumí con la conciencia e inspiración que nacen de esa fe en Dios que mi madre fue inculcando y modelando en los años de mi niñez y juventud. Esos principios sirvieron en ese tiempo para que la universidad acrecentara su misión evangélica y se hiciera más sensible al mensaje cristiano.

Si hoy clamo para que me ayuden en mi impotencia, es porque ustedes son quienes forman parte constitutiva de mi propio ser y son, también, lo más valioso que llevaré conmigo, en la transición a la otra vida que ha de venir.

Si no lograra cumplir con el anhelo de tener mi familia conmigo, alguien cargará en su conciencia con el dolor tan grande que ha causado.